

# Fin de curso

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO

LA VANGUARDIA, 16 DE JULIO DE 2006

Es ya un viejo tópico atribuir a Cervantes, por encima de todos sus méritos, el descubrimiento de esa dualidad del carácter hispano, combinación de idealismo y materialismo, de fantasía y realismo, de fe y desconfianza, de entusiasmo y escepticismo, de excitación y serenidad, de gravedad e ironía, de individualismo y solidaridad. Una combinación que han recogido y expresado con vigor en la pintura el surrealismo y en la novela el realismo mágico para mantener siempre viva nuestra capacidad de sorpresa y asombro. Sorpresa y asombro que en el plano político encuentran hoy su razón de ser a la vista de la distancia entre las dos mitades en que aparece dividida España en torno a las principales cuestiones que componen la agenda pública. Distancia que tan bien refleja el contraste entre las actitudes y las formas de los principales líderes políticos, Zapatero y Rajoy, en sus comparecencias públicas más recientes.

No es un fenómeno específico de estas latitudes. En los últimos seis años hemos visto como en EE. UU, Alemania, Italia y ahora México el país se dividía electoralmente en dos mitades y algunos dirigentes ponían en tela de juicio la validez y legitimidad de los resultados. Y hemos visto, contra todas las previsiones de los teóricos, que la competición entre los principales partidos o coaliciones se endurecía al límite, sosteniendo posiciones irreconciliables.

Es comprensible que cuando el sistema de partidos adquiere una estructura bipolar y la distancia electoral entre uno y otro es muy corta, aumente la competitividad. Se suponía que, al hacerlo, los partidos o los bloques tenderían a moderarse tratando de atraer a ese segmento del electorado menos identificado con ellos y más susceptible de votar a uno o a otro valorando su trayectoria pasada y sus ofertas de futuro. No es eso, desde luego, lo que está pasando en España.

Por eso es útil comparar las valoraciones que se hacen sobre la gestión del Gobierno y la de la oposición. Respecto al Gobierno, España se divide casi en dos mitades, a favor y en contra, si bien la valoración ha mejorado en el último

semestre y las críticas provienen de los populares que, como en tantas otras cosas, se quedan solos frente al resto de los partidos. Respecto a la oposición, el juicio de la ciudadanía es muy severo.

Más de la mitad juzga negativamente la ejecutoria del Partido Popular, frente a sólo una cuarta parte que la defiende. Dentro de su propio electorado la relación se invierte. No llegan a la mitad los que la respaldan y una cuarta parte la critica abiertamente. Las opiniones críticas han crecido, aunque de forma matizada, a lo largo del último año.

El contraste de opiniones es igualmente marcado en lo que se refiere a la percepción de la situación general. En el plano económico, predomina un cierto optimismo. No obstante y, pese a ello, la percepción de la situación política es más bien sombría, aumentando las calificaciones negativas, sobre todo, entre los electores populares, que en este punto encuentran un cierto eco en los nacionalistas catalanes, tal vez por razones coyunturales de orden interno.

Las discrepancias son aún más rotundas cuando se trata de sopesar el impacto del nuevo Estatut sobre la política catalana y la española. En Catalunya se da por hecho que será beneficioso para ambos y, en general, dos terceras partes de los entrevistados sostienen que será bueno para Catalunya, pero algo más de la mitad de los consultados entiende que no lo será para España, entre ellos ocho de cada diez votantes populares. La campaña del Partido Popular contra el Gobierno de Zapatero por su apoyo al Estatut ha aglutinado de forma compacta al electorado popular.

En este momento tiene quizá mayor interés examinar las reacciones y las expectativas que ha suscitado la propuesta de diálogo con ETA y Batasuna, coincidentes, por lo demás, con la ilusión y el escepticismo que generó el anuncio del alto el fuego permanente. El cuadro es muy simple y se podría resumir en estos puntos:

- 1) Salvo en el País Vasco y Catalunya, prevalece la desconfianza ante la posibilidad de llegar a un final definitivo de la violencia. Dos quintas partes de los españoles creen que sí y tres que no. 2) Eso no impide que casi dos tercios respalden la decisión de Zapatero de iniciar los contactos, pese a que siete de

cada diez votantes populares no lo apoyen. 3) La mayoría ve con buenos ojos la reunión que se celebró hace unos días entre el Partido Socialista de Euskadi y Batasuna aunque casi ocho de cada diez populares no compartan esa visión. 4) Casi el 60% de los entrevistados rechaza los argumentos del Partido Popular cuando afirma que Zapatero está dispuesto a ceder o ha cedido ya a las condiciones impuestas por ETA y Batasuna, aun cuando no tienen la seguridad de que el presidente pueda cumplir su promesa de no pagar precio político alguno. 5) Casi dos terceras partes de los españoles desaprueba las declaraciones de Rajoy al anunciar que no se sentirá obligado a respetar los acuerdos que el gobierno pudiera alcanzar con ETA.

Por último, la comparación entre la línea seguida por ambos líderes en relación con este asunto arroja un balance claramente favorable a Rodríguez Zapatero, que obtiene el respaldo del 55% frente al 33% favorable a Rajoy, aunque también aquí se reproduzca la división entre los votantes del PP, por un lado, y todos los demás, por el otro. Además, la valoración global del primero mejora y la del segundo empeora, ampliándose la ventaja de aquél.

En un clima de divergencias tan pronunciadas es lógico que se deteriore la imagen de todos los partidos, pero mientras el PSOE sufre una erosión de cuatro puntos, el PP pierde treinta y tres y es lógico que se degrade la confianza en los líderes. El saldo confianza/ desconfianza es negativo para ambos, pero mientras en el caso de Zapatero es de 45 a 54, en el de Rajoy es de 31 a 69. Y mientras el primero ha ido mejorando esa relación, el segundo se sitúa en el nivel más bajo de su trayectoria.

La estrategia de la crispación puede servir para mantener unido al propio electorado presentando al adversario como una grave amenaza, pero difícilmente para componer la imagen de moderación y serenidad que dio el triunfo a los populares de forma tan brillante el año 2000. Por eso se comprende que los datos electorales hayan experimentado un vuelco en los últimos meses. En febrero, quienes preferían un Gobierno socialista superaban tan solo en dos puntos a los que preferían un gobierno popular. Ahora la diferencia es de doce puntos. Entonces, la estimación de voto que publicamos era favorable al PP, que sumaba cerca del 43% de los votos. Ahora, no llega al

37%, mientras el PSOE, que entonces apenas superaba el 41%, se sitúa hoy por encima del 44%.

Por supuesto, de igual modo que se ha producido ese cambio en seis meses, podría producirse otro de signo contrario de aquí a las próximas elecciones. Pero el curso político se cierra así.

**JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO** *Catedrático de Ciencia Política de la UCM y presidente de Instituto Noxa Consulting*